

El espejo de las ideas El estar y el ser

EDUARDO GARZA CUÉLLAR

⊙ Dicen que ni siquiera se quitó los anteojos. Que la muerte lo sorprendió sentado en su cama, cuando se disponía a acostarse después de concluir una jornada más, la del 10 de abril del 2008, en la Iberoamericana, donde por décadas se consagró al estudio de la filosofía y a su enseñanza.

Aunque para los entendidos nadie comprendió como él a los presocráticos en México, nosotros lo conocimos más bien como un dignísimo heredero de los filósofos del diálogo. Para muchas generaciones de comunicólogos fue simplemente un Filósofo de la Comunicación. Así, con mayúsculas.

Antes, al igual que Jorge Luis Borges, al igual que Stephen King y Mao Tsé-Tung, ejerció devotamente el discreto oficio de bibliotecario, del que heredaría seguramente al menos una parte de su acuciosidad y su rigor metodológico, incluso de su sabiduría. Roberto Cruz¹ fue un jesuita reservado, en quien parece haberse cumplido la sentencia: *se muere como se vive*.

No pasaría sin embargo desapercibido para cualquiera que haya vivido al menos una de sus clases. Tuvo, como pocos, la virtud de inducir al gozo de filosofar, a disfrutar del oficio. Frente a nuestros ojos desplegaba argumentaciones de profundidad filosófica con la fruición y la elegancia de un genio matemático frente a un teorema.

Supo conectar a los grupos y alumnos más áspersos con el asombro.

Desarrolló como pocos el arte de descubrir las profundas intuiciones filosófi-

cas que yacen en el sentido común y en el lenguaje cotidiano. Por eso le dedico, con admiración y gratitud, esta reflexión sobre una intuición filosófica genial del castellano (una que ni el inglés ni el francés, ni siquiera el alemán, tan amigo de la filosofía, comparten): *la que distingue el estar del ser*.²

Para los hispanohablantes es natural aplicar el verbo *ser* a aquello que se intuye vinculado a la constitución de alguien de manera indeleble, distinguiéndolo de lo precario o temporal, a lo que aplica el verbo *estar*. Hablamos de *ser* padre, hombre, mujer, creyente, mexicano o amoroso, pero de *estar* enojado, deprimido, cansado, desempleado o enamorado.

Una brillante excepción la constituye mi amigo el arquitecto Pablo Quintero, quien trascendió hace años *el estar despeinado* para abrazar la admirable condición de *ser despeinado*.

El hispanohablante intuye la permanencia, una categoría muy cercana a la aristotélica sustancia, al tiempo que logra distinguirla natural e inmediatamente de lo que sólo toca tangencial y temporalmente la constitución de las cosas. Posee una intuición que no es exagerado adjetivar de metafísica: la que le permite aprehender la *consistencia* de los entes.

Los conceptos que aceptan de forma indistinta ambos verbos ganan inesperadamente profundidad al transitar *del estar al ser*. Pasan prácticamente de ser adjetivos a ser sustantivos. Decimos que alguien *está* gordo mientras mantenemos la esperanza de que adelgace. Cuando la perdemos, automáticamente, afirmamos que *es* gordo. Yo, por ejemplo, *soy* cintura veintiocho, aunque por el momento *estoy* en treinta y cuatro.

Ocurre lo mismo con la simpatía. La mamá de un niño pequeño concede que su hijo “*está* muy simpático” como advirtiendo al mundo que en cualquier momento puede dejar de estarlo, tal vez protegiendo su imagen de madre.

Cuando decimos que alguien anda o *está* de político, de pintor o de empresario no le concedemos realmente el serlo. *Con el verbo ser* les otorgamos el derecho de ejercer: los licenciamos.

Inconscientemente, concedemos mayor solidez al matrimonio de aquel de quien decimos que *es* casado en relación a alguien de quien decimos que (simplemente) *está* casado. Pero en todo caso las instituciones que, como el matrimo-

¹ Roberto Cruz es autor de *La primera hermenéutica. El origen de la filosofía y los orígenes en Grecia* (Herder-UIA, México, 1994) y *El hombre pregunta. Hacia una antropología metafísica* (UIA, México, 1994).

² Esta sensible diferencia existe también en griego: *einai / histemi*.

nio, son cuestionadas por la posmodernidad en su consistencia transitan gradualmente en nuestro discurso del *ser* al *estar*.

También existen conceptos que, *para soportar el peso del verbo ser*, requieren reemplazarse por otros de significado similar, pero de mayor hondura. Hablamos por ejemplo de *estar* contentos, pero de *ser* felices, de *estar* tristes, pero de *ser* desdichados. Hablamos de *estar* tranquilos. Quizá debiéramos hablar de *ser* en paz.

En otras ocasiones los conceptos, incluso los más profundos, cambian radicalmente de acepción al estar anteceditos por el estar o por el ser.

Tal es el caso por ejemplo de la libertad, la integridad y la conciencia.

Mientras el *estar consciente* de alguien habla de la condición fisiológica de la vigilia, el *serlo* apela necesariamente al ámbito moral.

Ser íntegro es sinónimo de ser ético. Estar íntegro significa estar corporalmente intacto.

Cuando hablamos de alguien que *está libre*, tocamos únicamente la dimensión geográfica de su libertad. Nuestra expresión equivale al “andar suelto”, a la carencia de ataduras y compromisos que constituye el secreto ideal de la posmodernidad. Nos referimos entonces a la libertad del taxista, a lo que los filósofos existencialistas entendieron por “*libertad de*”.

Cuando hablamos de *ser libres* abrazamos el *telos*: el sentido y el para qué de las cosas, la llamada “*libertad para*”, misma que, paradójicamente, lejos de debilitarse, se fortalece con el compromiso. Así pues, existen tanto reclusos libres como miles de hombres y mujeres que, poseyendo la libertad de tránsito, no han alcanzado la del ser.

Otro tanto pudiera decirse de la bondad. Decimos que una mujer *es* buena aludiendo a su moral. Pero este mismo adjetivo, *buena*, precedido del verbo *estar*, describe vulgarmente su atractivo sexual: en realidad, si se me permite, ya no estamos hablando

de bondad, sino de “*buenez*”, que es otra cosa.

Como vemos, *el verbo ser* no sólo habita el territorio ontológico, sino también el ético que, en su acepción clásica, se define como lo que imprime en nosotros *carácter*, como el dominio no del hacer, sino del *actuar*. En palabras de Fernando Savater, la ética no consiste en hacer cosas buenas, sino en hacernos buenos a través de las cosas que hacemos. Cuando decimos que alguien *es* congruente, honesto o empático aludimos necesariamente a ello; aceptamos que dichos atributos han marcado su carácter. A nadie más que a un gringo de los que, para agradar, aprenden español en el avión a Puerto Vallarta (hola amigou io hablo español... chiquito) se le ocurriría decir *estoy* persona o *estoy* confiable.

Más aún, cuando elogiamos a alguien no por lo que tiene, piensa, siente o es capaz de lograr, sino *por lo que es*, tocamos necesariamente su dimensión moral.

Referir con un *estar* algo que en realidad imprime en nosotros carácter constituye un síntoma tan preocupante de la levedad posmoderna como regalar un *ser* a lo transitorio. Es tan sintomática de nuestra superficialidad una actitud del tipo *estoy* creyente, papá, casado o mexicano, como la de *soy* telcel o totalmente palacio.

En su connotación más elevada, el verbo *ser* *toca la dimensión de lo definitivo*, que constituye tal vez la más terca aspiración del corazón humano y de la cual, con derecho, podemos también reconocernos parientes.

Frente a lo Trascendente, el verbo *ser* sólo acepta ser conjugado en un tiempo gramatical: en el *presente* que es en realidad *presencia* y que se antoja ya semilla de Eternidad.

No podemos, so pena de contradecirnos, hablar de lo que *fue* definitivo, santo o eterno.

El *fui* y el *seré* se hacen entonces a un lado intuyendo la dignidad del *soy*, abriéndole paso al presente.



De manera paciente, pero inequívoca, esta especial manera de conjugar el ser elige, entre las personas gramaticales, la primera del plural para hacer en ella su morada. Tal fue quizá la mayor enseñanza de los juegos gramáticos y metafísicos de Roberto Cruz.

El *nosotros* es la mejor expresión de una manera de pronunciar el ser que, por definitiva, difícilmente soporta el yo y el tú. Más que hablar del *ser* o del *soy*, sólo en el encuentro, *en el somos*, parece tener cabida y tener sentido lo trascendente. Así lo entendieron no sólo Roberto Cruz, sino también los filósofos judíos Martin Buber y Emmanuel Levinas, así como el cristiano Emmanuel Mounier, a los que asimiló.

Tenemos por ello no sólo el derecho de celebrar la paradójica presencia de Cruz entre nosotros, que es mucho más que un recuerdo. Tenemos también derecho a imaginar y agradecer su abrazo definitivo con el Padre. ~